

Sombras en la «gloria» de Bernini

LAS beatificaciones de los primeros días de septiembre han sido recibidas con aplausos y con críticas. Alaban unos la beatificación del Papa bueno y critican la de Pío IX. Los que alaban a Juan XXIII, entre ellos una gran mayoría de los medios de comunicación, critican a Pío IX. Otros, más bien pocos, ensalzan a Pío IX y se distancian de Juan XXIII. En la Iglesia tienen su importancia no sólo las decisiones que se toman sino también la acogida que éstas encuentran en los católicos. Todo ello merece nuestra reflexión.

La beatificación del Papa Roncalli no necesita muchas explicaciones. No es necesario recordar por menudo las características y actitudes del Papa Juan que tan hondamente calaron en los católicos y en muchos no creyentes. Convendrá sin embargo que evitemos una excesiva simplificación de la figura de Juan XXIII. No es sólo ni mucho menos el «párroco del mundo», el hombre bueno, de espiritualidad tradicional, de trato cercano y de sencillez que para algunos bordeaba un cierto simplismo.

A pesar de las apariencias, la vida de Roncalli en las estructuras de la Iglesia no fue curialmente fácil. El

hecho de haber sido, como joven sacerdote, secretario de Radini-Tedeschi, obispo de talante abierto en los rigores tradicionalistas del pontificado de S. Pío X, concentró pronto sobre Roncalli algunas sospechas. La misión de Roncalli como Visitador Apostólico y más tarde delegado en Bulgaria y Turquía, por su acercamiento a los ortodoxos y el incumplimiento de las promesas del rey Boris de Bulgaria, no encontró un respaldo entusiasta de sus superiores. Permaneció en los Balcanes, destinos diplomáticos más bien oscuros, unos veinte años. El salto vertiginoso a la nunciatura del París de De Gaulle es objeto de interpretaciones ambiguas, algunas de las cuales no dejan traslucir ni una especial estima por Roncalli ni un desmedido afecto del Vaticano hacia aquel gobierno francés del recién llegado General De Gaulle. Y la elección del cardenal Roncalli como Papa, relativamente trabajosa en un conclave no breve y según parece no muy tranquilo, tiene los aires de una hilvanada solución de compromiso para poco tiempo.

Y sin embargo Roncalli fue un verdadero hombre de Dios y un verdadero hombre de esta tierra. Confluían en él una serie de corrientes que llegaban a constituir una síntesis muy rica y jugosa. Roncalli provenía de una familia de tradicionales y honrados campesinos. A su fe robusta unía una prudente visión de la historia, lo cual le permitía una sana relativización de muchas situaciones. Se le ha descrito como persona verdaderamente espiritual y humana en los dos sentidos. Lo espiritual en Roncalli se hacía hondamente humano y lo humano se vivía en él de modo profundamente espiritual. Un periódico inglés, no escrito precisamente para piadosos, decía que Roncalli caminaba en la presencia de Dios con paso tan confiado y seguro como puede hacerlo una persona por las calles de su ciudad natal. Y por su fe fiel y su apertura, merece no

sólo ser proclamado santo sino que es lugar entrañable de acogida para cuantos tienen dificultades con su propia fe.

¿Sólo para iniciados?

TODA canonización de un Papa deja entrever de algún modo una determinada política. No porque irrumpa en la escena política internacional sino porque al poner tan en primera fila a una determinada figura, y más si es un Papa que gobernó la Iglesia en época dilatada y convulsa, quedan subrayadas hoy, y expuestas inevitablemente a la admiración y a la crítica, sus actitudes y sus actuaciones. Quizá por ello Pablo VI no quiso acceder a las peticiones de una fulminante beatificación de Juan XXIII ya durante el Concilio. Y aun quizá para equilibrar ciertos entusiasmos enervorizados de los pro-concilio decidió abrir la causa de beatificación de Pío XII. Ralentizada esta causa hasta que se alcance una mayor luz sobre la actitud de Pacelli ante la persecución judía, quedaba como posibilidad la causa de Pío IX, iniciada mucho antes. De algún modo no sólo se equilibraba la balanza de las beatificaciones sino que se ponía de manifiesto la continuidad de los dos Papas de los dos últimos concilios... La beatificación de Pío IX ha desatado muchas más protestas que entusiasmos... También sobre ella debemos reflexionar porque es en esta Iglesia y en esta sociedad, y no en una burbuja extraterrestre, donde vivimos nuestra fe.

Juan Pablo II afirmaba en su homilía de beatificación que Pío IX aparece calumniado en no pocas de las imágenes que de él se difunden. Sobre este Papa se han escrito no pocos libros y será bueno que procuremos una visión lo más objetiva posible de la persona de Mastai-Ferretti, elegido Papa con el nombre de Pío IX (1846-1878).

Las luces. Curiosamente a juicio de quienes le conocieron y de historiadores posteriores, Pío IX coincide con Juan XXIII en algunos rasgos. La persona del «discutido» Beato, persona de piedad honda, ejercía sobre sus contemporáneos, incluso sobre los que no pensaban como él, una verdadera fascinación. Vista su elección de tejas abajo, venía a representar en principio un respiro y un fuerte contraste con su reaccionario predecesor, Gregorio XVI. Era Pío IX un hombre de auténtico calor humano, lleno de humor. En su presencia, las personas se sentían a gusto. Se esforzó, sobre todo después de 1848, por ejercer un pontificado auténticamente religioso y no político. Aspiraba a ser exclusivamente un sacerdote y pastor y fomentó la expansión misionera, buscó la reconciliación entre la fe y la razón (recuérdense en este punto algunas enseñanzas del Vaticano I sobre la razón natural y el conocimiento de Dios), y luchó por purificar a la Iglesia de toda influencia galicana. Juan XXIII lo apreciaba sinceramente y Pablo VI pronunció sobre Pío IX un discurso que va mucho más allá del elogio circunstancial y obligado.

HAY sombras. Algunos historiadores actuales, que muestran por Pío IX una muy alta estima, cercana en algún caso incluso al panegírico, no han dejado de señalar en la figura de este Papa carencias que no parecen pequeñas. Han percibido en él algunos desequilibrios emocionales que no siempre le permitían la necesaria serenidad para tomar decisiones importantes en épocas convulsas. Entienden que careció de la lucidez necesaria para comprender los cambios que se iban gestando en las sociedades civiles. De corazón bueno y sencillo, admitió a su entorno más cercano a más de un personaje nada ejemplar, que buscaban hacer carrera y enriquecer a sus parientes más próximos. Pío IX, no muy familiarizado con la vida intelectual y el mundo de la

teología, entregó el fomento y control de ese mundo a personas de mentalidad excesivamente estrecha, con lo cual se estaba añadiendo leña para el estallido, unos decenios más tarde, de la crisis modernista.

Pero aun así, diríamos que hasta casi afortunadamente en el nuevo Beato hay sombras. A no ser que establezcamos como canon para la beatificación la condición indispensable de que los «nuevos beatos» sean prodigio inalcanzable de bondad e inteligencia, figuras envaradas, apáticas en el sentido etimológico de «no tener pasiones», que nunca han hecho nada mal y que gozaron siempre de un equilibrio inalterable propio del limbo si existiera...

Con todo, las dificultades para comprender el hecho y la conveniencia pastoral de beatificar a Pío IX todavía no terminan ahí.

RESULTA inevitable mencionar aquí afirmaciones de Pío IX. El «**Syllabus**» condenó no sólo el liberalismo virulentamente anticlerical sino también el liberalismo moderado defendido por algunos católicos. No se olvide que el germen de la tesis de estos católicos moderados estaba en sintonía con las doctrinas que luego ha asumido solemnemente el Concilio Vaticano II.

Junto a esto, algunas de sus actuaciones y actitudes. Pío IX, al alinearse durante el Concilio Vaticano I con las tesis más ultramontanas, no contribuyó a tender puentes entre las diversas tendencias sino que favoreció la polarización... Y hay algunas maneras de proceder de este Papa en aquel Concilio frente a la minoría conciliar, los patriarcas orientales (el Patriarca de los caldeos Audu) y algunos cardenales (el cardenal Guidi de Bolonia) que aun en observadores benévolos suscitan una

desasosegante extrañeza. Una concepción del papado rígidamente monárquica con tintes de absolutismo («La tradición soy yo») que no se concilia fácilmente con las doctrinas del Vaticano II. Para el cardenal Newmann, la actitud de Pío IX durante el Concilio lo colocaba no como el padre de todos sino como el líder de «una facción insolentemente agresiva».

ES claro -volvemos a repetir- que cada persona vive y está condicionada por un determinado contexto histórico y que sería injusto enjuiciar situaciones del ayer exclusivamente desde los presupuestos del hoy. Lo que ocurre es que la elevación de un católico a los altares no es sólo la declaración del grado heroico de sus virtudes sino la presentación a los católicos de hoy de ese beato como modelo. La beatificación no es una condecoración agradecida «a título póstumo» por los servicios prestados sino la exaltación de una figura como camino concreto de santidad que se invita a seguir. Y es aquí donde tal vez surgen las dificultades más fuertes de los que critican la beatificación del Papa Mastai-Ferretti. Las tomas de postura de Pío IX tan rígidamente «anticonciliares» (en relación a lo que sería el Vaticano II) pueden llevar a no pocos a pensar que hay que interpretar el Vaticano II a la luz del Vaticano I, lo cual equivaldría a fomentar una restauración, en contradicción manifiesta con algunas afirmaciones solemnes y propósitos del actual Papa Juan Pablo II. Cierto es que hay una cierta continuidad entre los dos concilios, pero sólo relativa. El Vaticano II no ha «desdefinido», ni podía hacerlo, las definiciones dogmáticas del Vaticano I, pero ha enseñado con autoridad conciliar, sin suprimir las antiguas, nuevas doctrinas, que vienen a encuadrar en un marco más amplio, completar y en ese sentido modificar las afirmaciones del Vaticano I.

BEATIFICAR a un católico no es asegurar que no tuvo pecados. La propia fe y la experiencia universal y cotidiana nos repiten que todo ser humano es pecador. Pero al beatificarlo la Iglesia expresa su convicción de que es un modelo válido para algunos cristianos en la mayor parte de las facetas de su vida. No sería deseable por tanto que la beatificación se redujera en la estimación práctica de los fieles a colgar su retrato en los áticos de la galería para santos. Aun en las definiciones de dogmas de fe -y eso que una beatificación no lo es- la Iglesia debe tener en cuenta no sólo la verdad de lo definido sino la conveniencia pastoral del hecho de definir. Si una determinada beatificación requiere largas explicaciones para comprender los contextos históricos y si, además de comprender, parece que también hay que disculpar, entonces el atractivo de la ejemplaridad pierde su brillo. Cuando, como en el caso presente, se ve uno forzado a desear que las actuaciones de Giovanni María Mastai-Ferreti, aun sin ser pecaminosas, hubiesen sido más lúcidas («Syllabus», Reino de Italia), más capaces de leer los signos de los tiempos y más beneficiosas para la Iglesia y para la sociedad, su condición de modelo de vida cristiana quizá ya no es tan clara. Nos encontramos aquí ante el hecho de que la paciencia al obedecer, cuando la ocasión lo requiera, deberá ir acompañada por la lealtad en presentar las propias dificultades. Y más cuando no son pocas, están tan compartidas y no se puede decir que carezcan del todo de razón.